



Reseña / POR IGNACIO BRENER*

Pablo Míguez

Trabajo y valor en el capitalismo contemporáneo. Reflexiones sobre la valorización del conocimiento

Ediciones UNGS (Universidad Nacional de General Sarmiento), 2020, 376 pp.



* Contador público especializado en Economía. Miembro del consejo de redacción de la revista Tesis 11.

El análisis de la sociedad capitalista pasa necesariamente por develar el motor de la reproducción del capital. Su génesis, su desarrollo, sus modificaciones. ¿Cómo se valoriza el capital? ¿Sigue siendo el trabajo la fuente generadora de valor en el capitalismo actual? En esta obra, Pablo Miguez inicia su recorrido con una invitación a recorrer el pensamiento clásico sobre las categorías *trabajo* y *valor* en el capitalismo. Luego, como un hilo que recorre la trama histórica, vemos desfilar al trabajo, al valor y al *capital*, a través de las distintas etapas del capitalismo. Sus características en el capitalismo mercantil, en el industrial y actualmente en el cognitivo o capitalismo basado en el conocimiento. Apreciamos en la obra las transformaciones de dichas categorías históricas y los fundamentos acerca de cada una de ellas.

En el comienzo, entendemos por qué Carlos Marx en *El Capital* invita a ingresar al taller para entender el proceso de creación de mercancías y valor en el capitalismo. Está indicando el lugar de la génesis. Allí dentro vemos un trabajador, máquinas y herramientas y un señor que es el dueño del taller. Aparecen en escena el trabajo, el capital y los medios de producción. ¿Qué secretos esconde esta escena? ¿Cuáles son las relaciones entre es-

tos personajes? ¿Qué importancia tienen las herramientas y las máquinas? ¿A quién pertenecen? Estamos frente a las preguntas liminares de la economía política del capitalismo.

Estos personajes son representativos de clases sociales. ¿Cómo ha sido la historia de esta relación y cuál la importancia que en ella han tenido las transformaciones tecnológicas de esas herramientas y máquinas? *Trabajo y valor en el capitalismo contemporáneo* es un material de gran acopio teórico y claridad metodológica y expositiva que ayuda a entender mejor la dinámica del sistema capitalista y del devenir histórico de su contradicción fundamental: trabajo-capital. Al mismo tiempo, echa luz sobre los cambios operados en las clases subordinadas. Vemos la contradicción trabajo-capital, expresada a través de la dialéctica entre el trabajo y el valor, al igual que la transformación recíproca en la tríada trabajo-medios de producción-capital.

La obra refleja con claridad una “modernidad líquida” (en términos de Zygmunt Baumann), con procesos fulminantes de obsolescencia de las innovaciones, como resultado del objetivo permanente de rentabilizar el capital, y de incertidumbre para el mundo del trabajo que este proceso del capitalismo genera.

Míguez nos demuestra que, al mismo tiempo que los grupos concentrados y dominantes pujan por el desarrollo de los conocimientos tecnológicos y científicos que les permitan producir y reproducir el capital, se abre un espacio de contradicción entre su búsqueda de enclaustrar dichos conocimientos y la difusión que estos tienen. El capital necesita de la inteligencia pero, al mismo tiempo, ésta se difunde socialmente y otorga nuevos atributos al trabajo social. El *general intellect* se incorpora como fuerza productiva directa.

La obra se adentra con claridad didáctica en la historia de los abordajes de las categorías trabajo y valor, desde los clásicos Adam Smith y David Ricardo hasta la creatividad de Marx en la continuidad y enriquecimiento de estos conceptos. Se resalta el distanciamiento del pensamiento de Marx respecto del de Georg Hegel en su visión sobre el movimiento de la sociedad, centrando en la materia en movimiento la causa del movimiento de la sociedad como sujeto principal. En *Trabajo y valor...*, Míguez explica las diferencias entre trabajo, como actividad, y fuerza de trabajo, como mercancía pagada con un salario, cuya magnitud está determinada por el resultado de la lucha de clases en cada momento histórico concreto. Y el cómo se produce la aparición

de la plusvalía como valor excedente entre lo producido y lo retribuido al trabajador, que es apropiado por el capital.

En sus inicios, la obra explica que, conservando la esencia de las ideas clásicas sobre el trabajo como fuente del valor de los bienes producidos (Smith, Ricardo), Marx, decidió comenzar su obra cumbre sobre la génesis y el funcionamiento del capitalismo partiendo de la mercancía (trabajo humano objetivado) caracterizada como célula básica del capitalismo mercantil. Analiza el doble carácter de la mercancía como valor de uso y como valor de cambio, es decir como portadora de una funcionalidad corpórea y al mismo tiempo como poseedora de un atributo social que la hace factible de ser intercambiada por otras. Dualidad generada, a su vez, por el doble carácter del trabajo humano. Éste es trabajo *concreto* como productor de bienes y servicios necesarios para la vida, aspecto que diferencia a los productores. Y es, sobre todo, trabajo *abstracto*, que representa la capacidad físico-intelectual del trabajador de habilitarlo para la acción. Es este carácter abstracto del trabajo lo que iguala a los trabajadores, independientemente de la obra concreta que realicen. Esa es la coincidencia social, la capacidad humana de crear y producir.

El fetichismo de la mercancía aparece con claridad como fenómeno esencial en

el capitalismo y se demuestra su relación con el doble carácter del valor: “los hombres se relacionan en sociedad, intercambiando sus mercancías en proporción a su valor. Pero lo que es una relación social (entre hombres), se presenta como una relación entre cosas”. Aparece luego el fetichismo del dinero, mercancía que de ser facilitadora de transacciones (M-D-M) pasa a tener vida propia porque, en el proceso de producción, el dinero originalmente invertido se valoriza (D-M-D). Será éste el embrión del capital financiero en el capitalismo contemporáneo. ¿El pasaje del capitalismo mercantil artesanal al industrial tiene incidencia en el trabajo y en el valor como categorías sociales? Míguez demuestra cómo los procesos de trabajo se modifican a partir de cambios tecnológicos y explicita las nuevas concepciones ideológicas acerca de la separación del trabajo manual e intelectual y su incidencia sobre el concepto de trabajo y la generación de valor.

El taylorismo y el fordismo son explicados como concepciones acerca de modificaciones en el proceso del trabajo. Y se analiza la segmentación de operaciones a partir de su doble efecto de reducción del tiempo de trabajo, para el aumento de la plusvalía relativa, y de profundización de la separación del trabajador con el resultado de su trabajo.

Como consecuencia, el libro aborda las luchas obreras por superar condiciones de trabajo extenuantes y obtener mejoras salariales, las cuales crearon un nuevo cuadro a superar por el capital. La separación entre trabajo *manual* y trabajo *intelectual* con la máxima intensidad del primero, premisa original en el proceso de valorización de la producción en la etapa anterior, irá dejando paso a la aparición de un trabajo más integrado con la “intelectualidad” de la ciencia y la tecnología. La obtención de plusvalía adquirirá nuevas formas. La máquina-herramienta de control numérico es ejemplo de los cambios de importancia que marcaron esta etapa que comenzó en los 60.

Míguez explica la aparición del robot y el toyotismo como generadores de cambios espectaculares en los procesos y procedimientos que alteraron la propia dinámica del trabajo en cuanto a sus aspectos de trabajo *simple* o *complejo*, y trabajo manual e intelectual. Sus consecuencias sobre la generación de valor ¿fueron neutras? ¿Cuál fue la nueva dialéctica entre el carácter individual del trabajo y el social? El autor cita a Antonio Negri y el operaísmo italiano, y afirma la visión del tránsito del capital hacia la explotación más allá de los límites de la fábrica. Para Negri “es aquí donde se sitúa el fundamento de la transición de la manufactura a la gran

industria, a la sociedad fábrica”. Afirma que el “centro de producción pasa a ser la sociedad entera, con todo el conjunto de conocimientos, aparatos técnico-científicos”. Como dice Marx, el saber social general, *el general intellect*. Aparece entonces en la cita una afirmación teórica de importancia superlativa en la ciencia económica:

La medida de la producción de valor no puede ser el trabajo individual, ya que éste es la expresión del complejo de condiciones dictadas por el saber, las virtualidades científicas y organizativas que aparecen como fuerza productiva del capital social, de la potencia del *general intellect*.

La obra analizada describe, en el capítulo 4, la aparición de las TIC (tecnologías de la información y la comunicación) como resultado de los avances en la microelectrónica, y las considera sustantivas en el pasaje a una nueva etapa del capitalismo desde fines de los 70. La computación y las PC, desde los 80, e Internet, desde los 90, completan un cuadro que se describe con detalle. La telefonía celular, el correo electrónico, la fibra óptica, y los microprocesadores se incluyen en el análisis como representativos de cambios profundos en la velocidad, el procesamiento y el almacenaje de la información. Por eso, Míguez nos dice que no se repro-

ducen ya los esquemas del capitalismo industrial. Aparece ahora con nitidez el conocimiento como factor esencial en la producción, junto al trabajo y al capital. Se resaltan nuevos fenómenos como la internacionalización y globalización de la economía mundial, la difusión de la adquisición de partes (*outsourcing*) y la externalización nacional de las propias fábricas (*off shoring*), siempre con el objetivo de economías de costo en materiales y mano de obra. Nos introducimos aquí en un campo analítico de gran importancia respecto del valor al afirmarse que “la lógica de la valorización, a pesar de seguir sustentada en la valorización por el trabajo, se apoya crecientemente en la valorización de los saberes”. Los saberes son más que conocimiento, ya que incorporan los aportados por la cooperación social a los adquiridos en la formación individual. Es la sociedad en su conjunto la que permite la captura de sus saberes para su valorización.

Estamos ante “una división cognitiva del trabajo”, como señala Carlo Vercellone, quien además es el autor del prólogo del libro. Míguez concuerda con Vercellone en que las etapas habidas en la incorporación de conocimientos en la producción –conocimiento objetivado (sistema de maquinarias), conocimiento por aplicación de la ciencia a la producción, y conoci-

miento incorporado por el trabajo vivo— confirman que la producción de bienes es una función del nivel medio de conocimientos sociales.

En el capítulo 5, el autor explica la independencia que el saber social general adquiere respecto del tiempo de trabajo impuesto y del capital. El *general intellect* ya no es un simple subordinado: en la obra aparece una nueva forma de subsunción. Ya no es solo al trabajo que el capital subsume, sino que es la sociedad en su conjunto la subsumida (o explotada) a través de la captura y expropiación del producto fruto de la cooperación social. Y, citando a Negri, manifiesta que este nuevo tipo de subsunción “en el proceso de acumulación del capital no reduce, sino que pone en primer plano, la importancia del trabajo”.

Míguez nos demuestra las modificaciones sustanciales operadas en el trabajo (incorporación de saberes, difusión de los conocimientos, socialización de ellos a través de redes sociales, trabajo por vía remota en el que desaparece la separación entre tiempo de trabajo y tiempo de ocio), y apoya la cita de Negri:

Quando el tiempo de vida se ha convertido totalmente en tiempo de producción, ¿quién mide a quién? El obrero dejaría de ser esencial para la producción

de valores. Es reemplazado por la fuerza productiva general que surge del cuerpo social del saber y del hacer.

Es muy interesante entender la complejidad de estas afirmaciones, ya que si bien el aumento de la productividad produce una reducción del tiempo de trabajo socialmente necesario, lo que resulta en una mayor plusvalía, el capital no logra apoderarse de todo ese excedente adicional: la lucha de clases lo impide. Los cambios producidos en la calidad del proceso productivo, el entramado social que implica y la importancia del producto como resultado de una concatenación de productores diversos nos enfrentan a que el carácter abstracto del trabajo (como productor de valor) se materialice en forma social, lo que Míguez sintetiza diciendo: “en la posmodernidad de la producción, la línea de montaje es reemplazada por la red y la cooperación social aparece como una cooperación abstracta”.

Pero ¿qué diferencias encuentra la obra entre las categorías del *general intellect*, en Marx, y los conocimientos en el pasaje hacia el capitalismo cognitivo? De esto trata el capítulo 6. El conocimiento y los cambios en la tecnología tienen supremacía en la etapa cognitiva del capitalismo. Pero lo nuevo estaría dado porque la descentralización de la producción, a nivel global, va acompañada de una iné-

dita centralización del control. Esto, afirma Míguez, “altera las formas de cooperación social y se cristaliza en nuevas redes productivas”. El capitalismo en su etapa cognitiva está mostrando el pasaje del *obrero masa* al *obrero social*, y un nuevo tipo de relación capital-trabajo. El trabajo cognitivo toma la hegemonía sobre el trabajo industrial.

Otro hecho de significación está dado por las nuevas formas de localización del trabajo y de su conjunción temporal. Ya no es necesaria la simultaneidad como en la línea fordista. Los operadores pueden operar por vía remota y desde lugares distintos. Míguez, siguiendo a Vercellone, nos indica cómo la relación entre el saber y el poder incide sobre la tendencia al aumento de la composición orgánica del capital. Lo que tradicionalmente vimos en el marxismo como causal básica para una caída en la tasa de ganancia y para la sobreacumulación relativa de mercancías es analizado ahora como “otra forma de crisis estructural, de tipo cualitativo más que cuantitativo, y como relación de subordinación del capital vivo, incorporado en la fuerza de trabajo, al saber muerto, incorporado en el capital fijo”. Hoy, el capitalismo cognitivo –dice Míguez– es capitalismo porque el sistema sigue basado en la contradicción trabajo-capital y en la extracción de plusvalor; pero ahora es cog-

nitivo porque el conocimiento se convierte en fuerza productiva hegemónica.

Se incorpora en la obra reseñada la nueva cualidad rentística del capitalismo. Si en los orígenes del capitalismo la renta derivada de la propiedad de la tierra representaba una rémora feudal y la ganancia era antitética a ella, hoy el carácter rentístico del capitalismo contemporáneo es consecuencia del agotamiento de la ley del valor en su expresión clásica. Este proceso se da no solo por la tendencia a la financiarización, el carácter rentístico del capital está dado también por su expansión para la apropiación de plusvalía hacia sectores integrantes de la cadena de valor social fuera del enclaustramiento fabril. La subsunción del conjunto de la sociedad al capital se convierte en nueva fase de la subsunción real, continuadora de la subsunción formal en el proceso histórico de acumulación de capital. Esta nueva mirada sobre la subsunción del conjunto de la sociedad al capital nos permite apreciar la justeza social de la lucha por el ingreso social garantizado como una remuneración directa de la productividad del *general intellect*. Es decir que el saber social incluye trabajadores activos, jubilados, cuidadores del hogar, desocupados, etc.

En su conclusión, Míguez manifiesta dudas sobre afirmaciones de algunos re-

ferentes de la escuela del capitalismo cognitivo respecto de la inexorabilidad del proceso, así como de su acelerada evolución temporal. Exhorta a “poner a prueba” las principales hipótesis con trabajos concretos específicos. Es necesario, dice, “ver el impacto que la nueva lógica de valorización tiene sobre todos los sectores productivos”. En *Trabajo y valor en el capitalismo contemporáneo*, el autor deja explícito el recorrido histórico de la tendencia genética del capitalismo: reemplazar trabajo vivo por trabajo pretérito a través de las innovaciones tecnológicas, la maquinización y luego la digitalización.

Se hace un preciso análisis de las modernas plataformas digitales a través de la opinión de distintos autores que responden diversos interrogantes: ¿qué papel juegan en este proceso? ¿Se convierten en panópticos foucaultianos modernos? ¿Cómo se manifiesta el trabajo productivo en estas nuevas instituciones? En épocas de posmodernidad y teorías sobre el fin del trabajo, ¿qué importancia e incidencia tienen en la generación de valor las nuevas formas de subsunción capitalista? ¿Cuál es la interacción plataforma-usuario? ¿Asistimos a una “uberización” como neologismo abarcativo de nuevas relaciones de trabajo, como sinónimo de precarización?

A lo largo del libro recogemos diversas opiniones sobre los cambios producidos en el trabajo, sobre todo visualizamos al capitalismo refundándose sobre el carácter abstracto del trabajo como signo común del proceso social de creación de valor. Pero, incorporamos la noción del carácter abstracto del trabajo como mediación social. Carácter que permite subsumir a toda la sociedad. Míguez ingresa en lo esencial de la relación automatización-trabajo humano. ¿Asistimos a un proceso en el que la producción de mercancías por mercancías dejará lugar a la producción de conocimientos por medio de los conocimientos?

Trabajo y valor en el capitalismo contemporáneo es una importante contribución de Pablo Míguez al debate mundial sobre el trabajo. Sobre todo en un futuro que ya comenzamos a transitar. Pero, al mismo tiempo, su basamento teórico-conceptual nos permite vislumbrar, con optimismo, una nueva generación de pensadores que continúan el legado de los clásicos del marxismo a la luz de las nuevas contradicciones del mundo actual.